

# Patrimonio de los estados, o patrimonio de la humanidad

## Reflexiones sobre el Forum Social Mundial de Porto Alegre.

Algunas de las Conferencias propuestas por el FORUM SOCIAL MUNDIAL de Porto Alegre eran prometedoras: ¿Cómo garantizar el carácter público de los bienes comunes a la humanidad e impedir que sean transformados en mercancías? ¿Cómo promover la distribución de riquezas para asegurar una vida digna para todos? ¿Cuál es el futuro de los Estados-Nación?

Pero sus resoluciones han sido decepcionantes.

Uno de los textos aprobados a propuesta de la organización ecologista Oilwatch ya nos adelanta la decepción. (...) *"Han construido un discurso sobre la importancia de las inversiones —se refiere a las inversiones de las grandes empresas multinacionales- evitando enfrentar el hecho de que toda*

*inversión se hace sobre la base de apropiarse de los bienes de los estados, de abusar de la fuerza de trabajo y de destruir la naturaleza".*

Rene Passet, en su artículo "Por una estrategia humana de lo económico" (Le Monde Diplomatique, febrero 2001, Pág.3) nos explica claramente de lo que se trata. (...) *"Nosotros reivindicamos el derecho de las naciones a proteger sus actividades vitales, a valorar, como les parezca, su territorio y, prioritariamente, a preservar o construir su autosuficiencia alimentaria contra la devastadora invasión de las agriculturas industrializadas".*

Yo comprendo perfectamente la gran dificultad que representa para los ciudadanos del mundo romper con las cadenas "patrióticas" o "nacionales" que durante siglos nos han atenzado. Nos sentimos catalanes, vascos, colombianos, ecuatorianos, franceses, gambianos, mejicanos... por un extraño cuño cultural que genéticamente no heredamos pero que se nos es impuesto desde nuestro nacimiento por nuestros progenitores, por nuestros convecinos, por la sociedad en general en donde vivimos y sobre todo por la autoridad.

Llegamos a creernos que aquel territorio es nuestro y somos capaces de defenderlo con nuestra vida. En realidad de este territorio ni tan solo poseemos a veces un trozo de tierra en donde cultivar nuestros alimentos como bien saben los hombres y mujeres del MST. Pero ellos nos han dicho que es nuestro y nos lo creemos.

Cuando se nos excluye, aún reivindicamos el "derecho de los indígenas" a ser considerados ¡ciudadanos "mejicanos"!...



Nos es bastante difícil entender que lo que llamamos nuestra nación es un invento artificial y político que unos hombres, a veces a punta de tiralíneas, sobre una mesa, en una tienda de campaña o en los salones de grandes mansiones, han diseñado. La Historia demuestra que los hombres hemos pasado por muy diferentes avatares territoriales, que hemos cambiado centenares de veces nuestras fronteras y que el concepto nación es relativamente moderno (siglo XVIII-XIX).

Parece inconcebible que nuestros ilustrados intelectuales no sean capaces de analizar científicamente la historia pasada. El Estado-Nación corresponde a un determinado momento en el desarrollo de la Humanidad. Es fruto de una necesidad de seguir avanzando en el camino del progreso más allá del capricho o de la simple voluntad de unos hombres.

El "derecho de las naciones" fue un gran reclamo revolucionario frente a los príncipes absolutistas que hacían de su feudo y de la propiedad de la tierra un verdadero freno al progreso de la Humanidad.

Mazzini y Garibaldi pensaron que el ferrocarril "cosería el cuero de la bota". La producción de las máquinas de hilar y tejer de Inglaterra que se introdujeron en el Piemonte requería un vasto mercado que sólo podía ser la de una Italia unificada. El ferrocarril de Nápoles a Portici (1839), de Milán a Venecia, de Liorna a Pisa, de Génova a Nápoles hacían inviable una Italia parcelada en donde Austria conservaba Lombardía i el Veneto, los archiduques dominaban los ducados de Parma, Módena y Toscana, el Papa extendía sus Estados Pontificios más allá de las provincias del Adriático y en Nápoles y Sicilia gobernaban los Borbones.

La moderna Alemania de Bismarck de finales del siglo XIX estaba compuesta en 1848 de 39 estados de los más disparatados tipos: desde el de las ciudades libres, los condados o ducados gobernados por príncipes, hasta los reinos como el de Prusia con más de 17 millones de habitantes. El proceso de unificación que culmina en la constitución del primer Reichstang en 1867 se desarrolla empujado por un crecimiento espectacular de la minería y de las industrias del hierro y del acero que entre los años 1825 al 60 multiplican por 4 la producción. Se desarrolla empujado por un gran avance en las comunicaciones primeramente fluviales y luego por ferrocarril gracias al vapor. Nada podía frenar el libre paso de las mercancías de un estado alemán a otro. La fundición Krupp inaugurada en 1810 con apenas una docena de obreros creció hasta varios miles a finales de los 60.

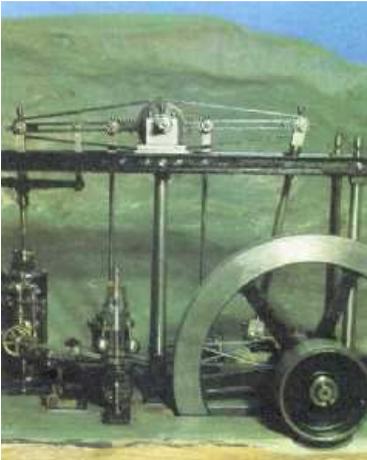
La consolidación de los EEUU estuvo envuelta por un gran debate desde 1789, entre Jefferson y Hamilton, entre la "soberanía de los Estados" y los "derechos de la Unión", entre un Nordeste industrializado y abolicionista (Nueva York, Filadelfia, Baltimore, Boston, etc. eran ya en 1815 grandes centros productores de manufacturas) y un Sur agrícola (cultivo de algodón principalmente) y esclavista. La guerra civil zanjó el debate favorablemente para los unionistas. En realidad la fuerza y la expansión de la Unión eran incontenibles. Antes de la guerra, se compró Luisiana a Francia, la Florida a España y se ocupó Oregón hasta la frontera del Pacífico. Se anexionó Texas y se compensó con 15 millones de dólares a Méjico por Nuevo Méjico, Arizona y

California. El ferrocarril dio un impulso extraordinario para la extensión de una industria ávida de nuevas técnicas modernas de producción que demostraban que el trabajo asalariado de mano de obra proveniente de una primera inmigración de Ucrania, Hungría, Irlanda o Italia era mucho más rentable que el trabajo esclavista.

La creación de todos los estados modernos estuvo empujada por una gran revolución tecnológica y científica que el antiguo orden fue incapaz de encerrar en territorios en donde prevalecía la servidumbre. Marx escribió: *"Cuando en algún lugar observéis un molino de viento tened por seguro que os encontraréis en un feudo y allí prevalecerán las relaciones de servidumbre"*.

El Estado moderno hubiera sido impensable sin la lanzadera volante, la máquina de vapor de Watt, el pudelaje del coque, el telar mecánico, la pila eléctrica de Volta, el transporte fluvial, la turbina hidráulica, la máquina de coser o la segadora de Mac Cormick. Sin un auge espectacular del conocimiento humano en las matemáticas, la física, la química, la biología, la medicina, etc.

Es evidente que, también muy pronto, los modernos estados-nación que fueron capaces de aprovechar este inmenso desarrollo tecnológico (las grandes potencias) se vieron atenazados por sus propias fronteras. En realidad fueron los grandes poderes industriales y financieros los que necesitaron, tras una primera etapa de acumulación, un estado-nación agresor e imperialista. El Reichstag no tardó en incorporar tras la guerra franco-prusiana a Alsacia y Lorena.



Este espectacular salto en la producción de mercancías y en la facilidad de trasportarlas hasta los rincones más apartados del globo fue el inicio de una carrera en donde los hombres ricos de las sociedades ricas compitieran entre sí para conquistar más cuotas de riqueza y de poder. Aprovisionarse de materias primeras a bajo precio gracias al trabajo en semiesclavitud en las colonias, encontrar nuevos mercados para las propias manufacturas, apropiarse de recursos naturales y fuentes de energía (acero, carbón, petróleo, etc.), conquistar zonas estratégicas y rutas comerciales... y desarrollar una impresionante industria de guerra financiada por los Estados.

El imperialismo colonial y las dos guerras mundiales explican sobradamente esta necesidad de expansión y de concentración de poder.

Pero si bien los grandes poderes industriales y financieros usaron el Estado-Nación como instrumento tanto de expansión como de represión interna, a partir de la primera guerra empiezan a darse síntomas que los hombres ricos de las sociedades ricas necesitaban "ir por su cuenta", al margen

de los Estados, de las alianzas entre las naciones y del "patriotismo" que seguían exigiendo a sus ciudadanos.

El periodista Edwin Black en el libro "IBM y el Holocausto" desentraña uno de los episodios más claros en donde se demuestra que la industria multinacional ya entonces no tenía fronteras. Tomás J. Watson, presidente de IBM declaraba en 1937: *"Soy un ciudadano estadounidense. Pero en IBM soy un ciudadano del mundo, porque hacemos negocios en 78 países, y todos me parecen iguales, absolutamente todos"*.

Las empresas estadounidenses, según un informe de Christopher Simpson, aumentaron sus inversiones en Alemania un 48,5% entre 1929 y 1940 tras la subida al poder de Hitler.

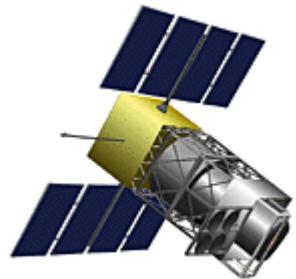
Los grandes grupos industriales alemanes Krupp, Siemens, Daimler, Volkswagen, etc. mucho antes del pacto entre Stalin-Hitler en agosto de 1939 participaban en la reconstrucción de la industria pesada soviética y de sus ferrocarriles.

Este proceso de concentración de poder por encima de naciones y fronteras ha continuado hasta nuestros días alcanzando ya cifras espectaculares: el valor de las 10 compañías más grandes del mundo supera el PIB de 150 de los 189 Estados de la ONU. Está claro que ellas ya deciden por encima de las Naciones con sus propios organismos mundiales.

El mundo de "las naciones-estado" se ha convertido en el mundo de los "grandes mercados" (América, Europa, Asia) en donde las corporaciones internacionales pugnan por su dominio.

Las luchas de liberación nacional que protagonizaron las jóvenes naciones de la mano de Nasser, Ghandi, Sukarno, Ben Bella, etc. hace mucho tiempo que fracasaron. Hombres mafiosos, policías o militares corruptos los sustituyeron a favor de los grandes capitales. La disgregación de Rusia, de Yugoslavia, de Indonesia, etc. son muestras de la gran "subasta" de las naciones que se está practicando. Las privatizaciones de los antiguos patrimonios colectivos son comunes en todas las naciones.

Esta gran subasta de las naciones, que nada tiene que envidiar a la piratería de épocas anteriores, viene nuevamente determinada por una gran revolución tecnológica. Los grandes bancos de pesca que guían los satélites artificiales no entienden de aguas jurisdiccionales. Los gaseoductos desde Qatar hasta Hamburgo no tienen obstáculos territoriales. El agua del Éufrates y del Tigris hará verdegales los desiertos de los colonos israelitas de Cisjordania y la del Canadá regará los jardines de las urbanizaciones suntuosas de California. El petróleo de Nigeria surtirá las gasolineras de Paris y el gas natural argelino producirá electricidad en Barcelona o en Bilbao. Ninguna frontera es capaz de detener una extensa red de comunicaciones que, como en el caso del ferrocarril podríamos decir como Garibaldi *"están*



*entrelazando el globo".*

No representa ningún problema que los xips de WorldCom se fabriquen en Taiwán, los componentes de General Motors los fabrique Delphi en Méjico, o los motores de Airbús los fabrique Casa. Las turbinas de la presa de las Tres Gargantas de China las fabrica Siemens y el proyecto de la central hidroeléctrica de Ralco en tierras mapuches lo ejecuta Endesa.

Nada puede parar que nuevos conocimientos en biotecnología nos permita nuevas semillas más resistentes a tierras áridas, o a zonas de climas rigurosos. Nada puede impedir que descubramos científicamente las posibilidades curativas de miles de plantas y vegetales que usaron nuestros antepasados. Ninguna legislación puede oponerse al desarrollo de la biología molecular ni a los estudios sobre el genoma humano. Nada puede detener que miles de hombres y mujeres accedan a unos conocimientos que hace tan solo unos pocos siglos se guardaban celosamente en las bibliotecas de los conventos.

La gran revolución tecnológica ha barrido las naciones y las fronteras de la misma manera que la segunda revolución industrial hizo desaparecer condados, ducados, feudos y reinos.

Los nuevos amos del mundo lo saben bien. El desarrollo "local" solo es posible con el control "mundial" de los recursos de la tierra, de los cielos, de los mares, de las fuentes de energía, los minerales, etc. y de la apropiación de los conocimientos de esta nueva revolución tecnológica. Hoy apenas pueden disimular que los gobiernos nacionales y las fronteras son poco más que meros instrumentos teatrales que siguen usando para enzarzarnos en luchas fratricidas cuando les interesa. Estados nación sin patrimonio, sin moneda, sin poder de decisión, con ejércitos mercenarios...

Frente a esta situación, el Forum Social Mundial nos vuelve a proponer la defensa de "los bienes de los estados" o de "el derecho de las naciones".

Nos proponen la vuelta al pasado.

Ellos no entienden que la actual revolución tecnológica no puede detenerse y que los Estados nación ya no corresponden a las necesidades del actual desarrollo humano.

Hoy hemos de plantearnos claramente el derecho de los ciudadanos del mundo para usar para nuestro beneficio los bienes patrimonio de la humanidad.

Esta es la única resolución que habría respuesto a su pregunta de cómo garantizar el carácter público de los bienes comunes a la humanidad e impedir que sean transformados en mercancías.

Josep (abril 2001)